

## Peste en Egipto y Siria, 1798

A finales del siglo XVIII se produjo la conocida “expedición Bonaparte” a Egipto, que significó, entre otras cosas, el nacimiento de la egiptología<sup>1</sup> y donde tuvo lugar un grave episodio de peste durante la toma de Jaffa.

En 1798, las campañas victoriosas de Napoleón en Italia convencieron al Directorio que debían invadir Inglaterra, su enemigo mortal. Sin embargo, la fuerza naval inglesa era muy superior y la invasión de la isla no hubiera tenido ninguna opción de éxito. Por tanto, se pensó que una campaña militar en Egipto podría poner en riesgo los asentamientos ingleses de la India, pues se trataba de una posición estratégica esencial en la antigua ruta hacia la joya de la corona británica. Si Francia no se adelantaba, probablemente los ingleses lo harían por ellos. La idea era echar a los ingleses de todas las posesiones de Oriente adonde pudieran llegar ellos, y sobre todo destruir sus establecimientos del mar Rojo, cortando así las comunicaciones con el istmo de Suez<sup>2</sup>.

El 19 de mayo de 1798, Napoleón y un ejército formado por 35.000 soldados, que desconocían su destino, se dirigieron por mar hacia Alejandría, donde llegaron el día 1 de julio, después de conquistar la isla de Malta y evitar a la flota inglesa al mando del Almirante Horace Nelson. Alejandría y El Cairo cayeron rápidamente en manos francesas, pero su flota, que no pudo guarecerse en Alejandría, fue destruida totalmente por los ingleses en Abukir<sup>3</sup> y el ejército de Napoleón quedó aislado por mar. Bonaparte se enteró de la catástrofe doce días más tarde, pues las comunicaciones con El Cairo eran muy difíciles. Tomó la noticia con resignación, y dirigiéndose a sus oficiales, les dijo: *“estamos aquí con la obligación de hacer grandes cosas, y las haremos. Fundaremos un gran imperio. Nos separan de la patria mares que no nos pertenecen, pero ningún mar nos separa de África y de Asia. Somos numerosos y no nos faltarán hombres para recomponer nuestros cuadros ni tampoco nos faltarán municiones de guerra; y en caso de necesidad, fabricaremos más”*.

A partir de aquel momento, los franceses se dedicaron a la ocupación y administración de nuevos territorios egipcios, hasta que a principios de 1799, el imperio otomano, anterior “propietario” de aquella región, declaró la guerra a Francia. Napoleón decidió entonces invadir la Siria (actuales Siria e Israel) para adelantarse a las acciones turcas. El general, acompañado por 13.000 soldados franceses, ganó rápidamente las poblaciones costeras de El Arish y Gaza.

El 7 de marzo de 1799 fue conquistada Jaffa (actualmente incorporada a Tel-Aviv) en una acción especialmente sanguinaria de los franceses. Una vez conseguido el control de la ciudad, los abusos de la soldadesca escaparon a todo control: se pasó por la bayoneta a unos 2.000 soldados turcos que se habían rendido y las acciones feroces y sin misericordia se dirigieron contra los habitantes de la población, alargándose durante tres días. Hombres, mujeres y niños fueron saqueados, violados y asesinados con total

---

<sup>1</sup> En esta expedición militar participaron aproximadamente 167 “sabios” pertenecientes a distintas disciplinas, que formaban parte de la “Comisión de Ciencias y Artes”, algunos personajes de gran valía y sus trabajos muy reconocidos por la comunidad científica y artística. De ellos, al menos 25 murieron durante la campaña, tres víctimas de la peste. .

<sup>2</sup> El general Bon se adueñó de Suez (noviembre de 1798) sin efectuar ni un solo disparo. Napoleón visitó esta población y mandó estudiar el terreno con vistas a la posible apertura del istmo, que reduciría a la mitad el tiempo invertido en la ruta entre los principales puertos de Europa y las Indias. Sin embargo, la obra no pudo llevarse a cabo hasta 1869, gracias a los trabajos de Ferdinand de Lesseps.

<sup>3</sup> Las pérdidas francesas se elevaron a 1.700 soldados muertos o ahogados, 1.500 heridos, 3.000 prisioneros, cuatro navíos hundidos y otros nueve apresado por las fuerzas inglesas.

impunidad.

El oficial Étienne-Louis Malus de Mitry, miembro de la Comisión, hizo un desgarrador relato de este episodio sangriento: *“el tumulto de la carnicería, las puertas rotas, las casas sacudidas por el ruido del fuego y las armas, los gritos de las mujeres, el padre y el hijo derrumbados el uno sobre el otro, la hija violada sobre el cadáver de su madre, el humo de los muertos chamuscados por su ropas, el olor de la sangre, los gemidos de los heridos, los gritos de los vencedores disputándose los despojos de una presa moribunda, soldados furiosos respondiendo a los gritos de desespero con gritos de rabia y golpes repetidos, por fin hombres saciados de sangre y oro, cayendo agotados sobre montañas de cadáveres: he aquí el espectáculo que se ofreció hasta la noche en esta desgraciada ciudad”*.

Además, Napoleón ordenó la ejecución de otros 3.000 soldados turcos que se habían rendido pensando que serían considerados como prisioneros de guerra. Y a falta de municiones suficientes, los asesinaron con bayonetas o armas blancas. El oficial de caballería Jacques Miot describió *“una pirámide espantosa de muertos y moribundos chorreando sangre”*. Deseoso de aterrorizar Palestina para conquistarla mejor, Bonaparte presentó su actitud más feroz.

Pero la “venganza” no se hizo esperar: durante estos hechos, algunos soldados franceses padecieron fuertes dolores de cabeza y fiebres altas. Pocos días después, centenares de soldados presentaron bultos en sus brazos, era el principio de la peste de Jaffa. La enfermedad ya existía desde el principio de la campaña militar, pero estaba muy localizada y afectaba levemente las guarniciones de Damietta, Rosetta, Abukir y Alejandría. Sin embargo, en Jaffa afectó al total de la Armada francesa. Al segundo día de la ocupación de esta población, 31 soldados fueron hospitalizados afectados de peste bubónica y 14 de ellos murieron rápidamente.

Los médicos franceses sabían desde el principio de qué enfermedad se trataba, pero no quisieron alarmar a los soldados y lo ocultaron tanto como pudieron, a pesar de la evidencia de los bubones. Desgenettes, médico jefe del ejército de Oriente y Larrey, cirujano jefe del mismo ejército, calificaron el mal de “fiebres bubónicas”, pero el artificio gramatical no surtió efecto. Napoleón era consciente que la epidemia podía destrozarse por completo su Armada, pero el miedo a padecerla aumentaba los riesgos de contagio. Se construyó un hospital, y ante las vivas inquietudes de temor que los generales Bon y Ramport provocaron sobre el general, éste tomó la iniciativa de visitar a los pacientes para demostrar que él no temía la enfermedad.

Desgenettes anotó esta visita: *“el 11 de marzo de 1799, el general Bonaparte, acompañado por su Estado Mayor, visitó el hospital. El general paseó por todas las instalaciones durante una hora y media, interesándose por la manera en que se administraba y hablando con casi todos los soldados que quisieron tratar con él. En una pequeña y atestada estancia, ayudó a levantar el repulsivo cadáver de un soldado cuyo desgarrado uniforme fue manchado por el reventón espontáneo de un enorme bubón”*. Al salir del hospital, respondió a los que lo acusaban de haber cometido una gran imprudencia que *“era mi deber, yo soy el General en Jefe”*.

Napoleón intentó infundir moral a su tropa enferma, y lo consiguió. Tres días después de la visita, el general y su ejército marcharon hacia Haifa y Acre, dejando en Jaffa una tropa compuesta por 150 soldados y 300 enfermos de peste, al mando de Grézieu, su ayudante-general. Diariamente morían 30 hombres y poco después él mismo falleció de esta enfermedad.



Imagen nº 10. *Bonaparte visitant les pestiférés de Jaffa*, obra de Antoine-Jean Gros (1771-1835)

El cuadro, pintado en el año 1804, fue un encargo del ya emperador Napoleón para representar un episodio de la Campaña de Egipto: la visita a los apestados del hospital de Jaffa.

La peste siguió reproduciéndose entre los soldados franceses durante la toma de Haifa y el asedio de San Juan de Acre. En el nuevo Hospital del Monte Carmelo, cercano a Haifa, llegaban cada día numerosos pacientes y morían alrededor de 60 hombres. Tal era el pánico que provocaba la peste entre los franceses, que Desgenettes realizó un acto espectacular para calmar los ánimos, pues se inoculó públicamente la enfermedad, de la que salió indemne: *“para tranquilizar las imaginaciones y el valor alterado del ejército, en medio del hospital hundí una aguja en la pus de un bubón, que pertenecía a un convaleciente de la enfermedad en primer grado, y me pinché ligeramente en la ingle y cerca de la axila, sin tomar más precaución que la de lavarme con agua y jabón”*.

Napoleón se mantuvo frente a Acre durante dos meses, hasta que el 17 de mayo decidió volver a Egipto. Durante el regreso, por tierra, siguieron sucediéndose los contagios, muriendo los infelices en medio del desierto. Bourienne, jefe secretario de Napoleón, contaba que *“he visto hombres enfermos de peste y gente que sólo era sospechosa de tenerla abandonados en el campo. Podía escuchar con voz poco audible “estoy sólo herido, no tengo peste”, con la intención de convencer a los que pasaban que lo ayudaran. Pero nadie creía sus palabras y pasaban de largo comentando que “es hombre muerto”*.

Cuando la Armada llegó a Jaffa, Napoleón estaba preocupado porque los turcos querían destruir su ejército y los apestados fueron declarados intransferibles. Entonces habló con Desgenettes. Según él, el general le dijo que *“si yo estuviera en vuestro lugar, pondría fin a los sufrimientos de los apestados suministrándoles una sobredosis de opio. Pues, al mismo tiempo, se acabaría el peligro que representan para nosotros”*. Desgenettes le respondió que su función era salvar vidas a lo que Bonaparte añadió que la suya era la de preservar a la Armada, y aunque respetaba su posición, estaba convencido que encontraría gente que apreciara sus intenciones mejor que él.

Napoleón estaba realmente preocupado por la supervivencia de su ejército y el 27 de mayo de 1799 ordenó que los pacientes apestados de Jaffa fueran envenenados. Jean-François Royer, el jefe farmacéutico, administró dosis de láudano sin protestar, aunque algunos soldados dijeron haber sobrevivido a este envenenamiento y a la peste. Presumiblemente, cuando los turcos tomaron la ciudad, encontraron siete soldados vivos en el hospital, que fueron llevados a las naves británicas y se repusieron de la enfermedad.

La campaña de Siria terminó de esta manera. Napoleón y su Armada volvieron a El Cairo, y más tarde, el general regresó a Francia (24 de agosto de 1799). Según el Ministerio de Guerra francés, en la Campaña de Siria murieron 1.200 soldados en el campo de batalla, 2.500 fueron heridos de gravedad y 1.000 fallecieron de peste.